

un estudio superficial de la historia; así es que en sus discursos no se encuentran más que las ideas vulgares que se adquirirían sin más que respirar el aire del siglo XVIII. Lo que principalmente le ocupa es el progreso social. Pero se engaña singularmente acerca del porvenir de la humanidad. El unitario inglés es el precursor de aquellos cristianos evangélicos á quienes hemos visto celebrar congresos para fundar la paz perpétua, como si la paz pudiese ser el resultado de algunas reuniones en que unos cuantos guerreros se estrechan la mano y pronuncian un brándis por la abolición de la guerra. Priestley no duda de que la guerra desaparecerá, y se dedica ya á describir la felicidad que traerá á la especie humana una era pacífica. Estos sueños no valen ciertamente la pena de detenerse en ellos. Pasemos á otros genios más elevados.

N.º 6. — *La idea del progreso en Alemania.*

1. — *Lessing.*

Cuando Voltaire iba á ver á su amigo Federico, no estaba muy convencido de que la lengua que oía hablar á sus postillones fuese un lenguaje humano. Un abate frances, todavía más impertinente, trató en serio la cuestion de saber si un alemán podía tener talento. Sin duda los escritores católicos beben en estas fuentes su ciencia de la literatura alemana, á juzgar por la apreciación que hace de Lessing el autor de un libro sobre el progreso (1). Según él, el tratado de la *Educación del género humano* es una producción tan mediana por el fondo como por la forma; se atreve á acusar á Lessing «de un triple ataque al buen sentido, al texto bíblico y á la historia»; poco falta para que lo califique de plagario, ¿y plagario de quién? de Postel, que ya en el siglo XVI consideraba el mosaismo y el cristianismo como una educación de la humanidad, y del abate Joaquin, que ya en la Edad Media soñaba con un nuevo Evangelio, el Evangelio eterno, sueño que Lessing creyó

(1) THONISSEN, *Consideraciones sobre la teoría del progreso indefinido.*

oportuno renovar. ¡Qué ligereza de espíritu, y qué increíble ignorancia! ¿Ignoran los católicos que la idea de una *educación* aplicada á la ley de Moises no data de Postel, sino de San Pablo? ¿Se confunde en serio la doctrina de Lessing, que implica la negación de una revelación milagrosa, con los ensueños de la Edad Media, que suponen todos una revelación sobrenatural? ¿Qué dirémos del desden que se afecta hácia un escritor que ocupa el primer lugar en la literatura de Alemania? Opongamos á estos juicios temerarios el de un publicista alemán que disfruta de mucha más autoridad (1): «*La Educación del género humano* es el fruto más maduro y más noble del génio de Lessing. Hoy hay pocos hombres ilustrados en nuestra patria que no le deban su iniciación en la vida intelectual. La idea de una educación de la humanidad habia sido enunciada ya, pero solamente en manos de Lessing llegó á ser una verdad evidente como la luz del sol.» Otro escritor que tiene también alguna autoridad, cuando se trata de apreciar el fondo y la forma de una obra literaria, dice que Lessing es el San Juan de la religión del progreso, cuyo Mesías estamos esperando todavía (2). Vamos á nuestra vez á hacer la exposición y la crítica de la doctrina de Lessing. Si nos atrevemos á criticarle, es porque, en virtud de la misma perfectibilidad, nos es dado hoy ver los defectos de las grandes obras de lo pasado, pero al ménos emplearemos el lenguaje del respeto y de la veneración.

«Lo que la educación es para el individuo, dice Lessing, lo es la revelación para el género humano. Así como la educación es sucesiva y progresiva, así también la revelación tiene lugar de una manera sucesiva y progresiva.» ¿Qué es esa *revelación* de que habla Lessing? ¿Es la revelación milagrosa del cristianismo tradicional? Para los que conocen á Lessing, la pregunta es ociosa. La comparación sola que establece entre la revelación y la educación prueba que en su pensamiento no cabe hablar de milagro. Dice, en efecto, que la educación es una revelación particular, individual. Ahora bien: ¿es el padre ó el maestro un revelador como

(1) BLUNTSCHLI, *Staatswörterbuch*, t. VI, p. 428.

(2) HEINE, *De la Alemania.*

Cristo, Hijo de Dios? La revelacion es, pues, para Lessing algo distinto de la encarnacion del Verbo, es la religion en su esencia, tal como se desarrolla en el seno de la humanidad bajo la inspiracion de Dios. Si es así, ¿por qué se sirve de una palabra que tiene un sentido consagrado, atribuyéndole una significacion diferente? Esto deja alguna incertidumbre acerca de la idea dominante de la educacion providencial; no se sabe si el que habla es un cristiano ó un libre pensador. Nuestra censura se dirige no tanto á Lessing como al espíritu que domina en la filosofía alemana; tiene tendencia á seguir siendo cristiana, y para hacer ver que lo es, conserva la terminología del cristianismo; pero para el que penetra hasta el fondo de las cosas, es evidente que no tiene de cristiano más que el nombre. ¿No valdria más cambiar de lenguaje, al mismo tiempo que se cambia de ideas? Habria más franqueza en el procedimiento, con la ventaja de que las ideas aparecerian más claras.

Lessing añade que la revelacion, lo mismo que la educacion, no da al individuo nada que no hubiera podido hallar por sí mismo, pero se lo da más pronto. Hay en esta proposicion á la vez una negacion de la revelacion tradicional, puesto que ésta pretende enseñar al hombre verdades superiores á su razon, y hay tambien aparentemente un elemento sobrenatural. Porque, si la revelacion fuese puramente humana, ¿cómo podria decirse que da más brevemente á la humanidad lo que el espíritu humano hubiera hallado más despacio por sus propias fuerzas? El verdadero pensamiento de Lessing, como vamos á ver, es que la revelacion es la forma, la envoltura, por decirlo así, de la verdad; bajo el nombre y la autoridad de Dios los pueblos reciben de un revelador, profeta humano, las verdades que por sí mismos no hubieran descubierto sino al cabo de siglos, de la misma manera que el niño aprende en una hora el resultado de los trabajos seculares de la ciencia. Si los pueblos se someten fácilmente á la revelacion, es porque la creen emanada directamente de Dios: esta creencia es en realidad todo lo que hay de milagroso en las religiones reveladas.

La primera revelacion es la de Moises. Lessing no examina el carácter del revelador. ¿Está inspirado? ¿No lo está? ¿Es obra suya el Pentatéuco, ó quién es su autor? Lessing toma el mosaismo

tal como lo concibe la tradicion cristiana. Dios elige una raza particular para que eduque al género humano. La idea es exacta, y sabida es la grandeza con que la ha tratado Bossuet. Pero es demasiado exclusiva. Desarrollada lógicamente, da por resultado una apreciacion mezquina y falsa del desenvolvimiento religioso de la humanidad. Ya los Padres de la Iglesia, imbuidos en la filosofía de Platon, estuvieron poco conformes con esta mezquina tradicion que eclipsaba ante Moises á toda la antigüedad; consideraron la filosofía griega como una educacion providencial del gentilismo. Los Griegos eran, pues, tambien un pueblo elegido. Aun se debe ir más léjos y decir que todos los pueblos son elegidos, porque todos tienen una mision que desempeñar en la obra general de la humanidad; y en realidad, toda la antigüedad ha sido una preparacion al cristianismo. Lessing lo reconoce, pero da á su pensamiento una forma poco histórica. Hubo pueblo del gentilismo que, sin auxilio de la revelacion, se habia elevado á nociones más exactas que los Judíos acerca de Dios y del alma; los Judíos, puestos en contacto con él, utilizaron estas luces naturales. Este es un servicio, dice Lessing, prestado por la razon á la revelacion, porque el pueblo elegido no tardó en aventajar á los demas. Sí; los Judíos aventajaron á los Egipcios, á los Caldeos, á los Persas; pero ¿consistió esto en que tenian una revelacion? No, porque de los Mazdeisnantes aprendieron una verdad importantísima, la de la inmortalidad del alma, de que nada les habia dicho Moises. ¡De suerte que la razon ilustra á la revelacion! El hecho es incontestable, y bastaria por sí solo para probar que la revelacion sobrenatural es una ilusion. Tiene fácil explicacion desde el punto de vista de la revelacion permanente y progresiva. Los Judíos, raza teológica, se apropiaron y se asimilaron todas las verdades religiosas que habian aparecido en el seno del gentilismo; tuvieron más de un maestro, y tenian las disposiciones necesarias para sacar partido de sus lecciones. Esta es ciertamente la idea de Lessing, pero hubiera sido más terminante, si no la hubiera disfrazado en cierto modo con la denominacion ambigua de revelacion.

¿Cuáles fueron las enseñanzas de la primera revelacion? La existencia de un Dios, de recompensas para los que observaban

sus leyes, y de penas para los que las desobedecían. En el pensamiento de Moises, Dios era único; pero no hallándose casi en estado de comprender esta idea el pueblo á quien se dirigía, se lo anunció como el Omnipotente. Por la misma razón no dió más sanción á sus mandamientos que penas y recompensas temporales. Los filósofos del siglo xvii han atacado con viveza la revelación de Moises por este último concepto. ¿No es la inmortalidad del alma una de las bases de la religión? ¿Pues hé aquí un revelador que la ignora, ó que al ménos no la comunica al pueblo elegido! ¿No le enseña una verdad que conocían los gentiles! La explicación de Lessing ha sido dada ya por San Agustín para justificar las imperfecciones de la ley antigua. Es difícil admitirla respecto de la inmortalidad del alma. Los Hebreos no eran más incultos que los pueblos del gentilismo, los cuales creían todos en una vida futura. Se comprende en rigor el silencio del revelador, pero no se concibe que haya reemplazado una verdad por un error. A ménos de creer en una excepción milagrosa en favor del pueblo elegido, no es cierto que las felicidades temporales sean una recompensa y que los males temporales sean una pena; ¿quién ignora que las riquezas y la grandeza son muchas veces una maldición, al paso que la pobreza y la miseria son un favor del cielo? La explicación de Lessing es, cuando más, admisible, si se considera á Moises no como un profeta, sino como un legislador humano, falible. En el terreno de la revelación sobrenatural, el silencio de Moises sigue siendo un misterio.

La revelación de Jesucristo sustituye á la de Moises. ¿Quién es Jesucristo? Lessing no responde á esta pregunta. Fueron necesarios, dice, los milagros y las profecías para fundar el cristianismo; hoy es muy diferente, porque creemos en las verdades predicadas por Jesucristo sin recurrir á ese elemento sobrenatural. Un cristiano no diría tanto, y un libre pensador diría más. Es positivo que Lessing no creía ni en los milagros ni en las profecías; á sus ojos lo sobrenatural no es más que un medio de propaganda. Lo único que le interesa en la predicación evangélica son las verdades reveladas por Cristo; la inmortalidad del alma constituye la esencia de la segunda revelación. No porque esta creencia no se en-

contrase en las religiones y en las filosofías del gentilismo. Pero Jesucristo es el primero que la ha convertido en regla de la vida y principio de la santificación interior.

Hay dogmas más esenciales en el Evangelio, ó al ménos se pretende que los hay: la trinidad, el pecado original, el perdón de los pecados y la mediación. ¿Qué piensa de ellos Lessing? No los admite como misterios ante los cuales deba detenerse la razón; trata de darles un sentido filosófico. No creemos que Lessing lo haya conseguido; pero ¿qué importa? Quiere transformar los misterios en verdades racionales, lo cual significa que quiere transformar el cristianismo histórico. Este sería efectivamente el único medio de salvarlo. El tiempo de los misterios ha pasado; la teología está de duelo. Por consiguiente, los que quieren conservar el cristianismo tienen que ponerlo en armonía con las ideas y los sentimientos de la humanidad moderna. Este trabajo se está efectuando hoy en el seno de la teología cristiana; los protestantes lo realizan de una manera ostensible; los católicos no se atreven á confesar que se separan del cristianismo tradicional, pero en realidad sus creencias difieren totalmente en muchos puntos de las de los primeros siglos; Lessing acertaba, pues, con el camino del porvenir al introducir en la religión el principio del progreso.

Respecto de un dogma esencial del cristianismo, la inmortalidad, Lessing abandona la tradición cristiana; no comprende el paraíso, y el infierno le horroriza. ¿Con qué los sustituye? Con la idea de una vida progresiva, con el renacimiento en esta tierra. Eso es la metempsicosis, dicen los defensores del cristianismo oficial, y con esto se burlan de una filosofía que enarbola la bandera del progreso en la religión y que viene á parar en una antigüalla que hace miles de años está mandada recoger. No, la idea de Lessing no es la de los Indios y de los Egipcios, no es la de Pitágoras; porque la esencia de su dogma es el progreso, y los antiguos carecían de esta idea. La diferencia es capital. De una parte son muertes y renacimientos sin objeto y sin razón, una especie de círculo vicioso sin término ni solución. De otra parte hay una vida infinita, que avanza siempre hácia la perfección. Esta idea del progreso, aplicada al destino del género humano y al de los individuos, es el principio dominante de la obra de Lessing que

acabamos de analizar. A pesar del disfraz cristiano con que encubre su pensamiento, su religion no es ya el cristianismo. El cristianismo tradicional es la última palabra de Dios. Para Lessing no hay última palabra de Dios; la educacion es una obra que no tiene término, y que siempre está variando, porque debe seguir el progreso de las ideas y de los sentimientos. En el cristianismo tradicional hay una verdad absoluta, inmutable, que Dios mismo ha revelado á los hombres. Lessing está convencido de la imposibilidad de semejante revelacion: «Si Dios, dice, tuviese en su mano derecha toda la verdad, y en la izquierda únicamente el instinto siempre vivaz que procura alcanzarla, y me condenase además á error permanente, eterno, y me dijese Dios: ¡Escoge! yo me dirigiria humildemente á su mano izquierda, y diria: Dadme esto, Padre mio; la verdad pura es únicamente para vos.» Estas palabras de Lessing son la imágen del destino humano: «No es, añade el profundo pensador, la verdad que un individuo posee ó cree poseer, lo que constituye su valor; sino el esfuerzo incesante que hace para conquistarla; porque no es la posesion, sino la investigacion de la verdad lo que desarrolla sus fuerzas, y éste es el principio de su perfeccionamiento.» Esto quiere decir que de todas las maneras de educar á los hombres, la comunicacion milagrosa de la verdad absoluta sería la peor. Por esto los escritores católicos rechazan á Lessing.

II.—Herder.

Los escritores alemanes son muchas veces nuestra desesperacion. Nosotros, los Galos, buscamos las ideas precisas y lúcidas, el lenguaje neto y claro. En lugar de un pensamiento severo y lógico, encontramos en nuestros vecinos la poesía y el entusiasmo; en lugar de una consecuencia rigurosamente formulada, nos encontramos con imágenes ó con vagas aspiraciones. Herder es un alemán de pura raza; es teólogo, es filósofo, es historiador, es literato, pero es ante todo poeta, aún cuando escribe sobre filosofía de la historia. Nosotros no concebimos la filosofía de la historia sin el principio del progreso, que es su alma y su vida. ¿Es Her-

der partidario de la perfectibilidad humana? Puede decirse que sí; puede decirse que no. Es decir, que no lo es á la manera de los filósofos franceses del siglo pasado. Estos no se tuercen, no dudan, afirman. Aun cuando profetizan los progresos futuros del espíritu humano, sus palabras tienen la exactitud de una fórmula algebraica. Herder vacila, avanza, retrocede, no tiene fijeza. ¿De dónde vienen sus contradicciones? Herder cree en el progreso, pero cree también en la influencia fatal de la naturaleza. Esto es incompatible, inconciliable. Herder cree en el progreso del individuo, pero no cree en un destino comun de la humanidad, lo cual da por resultado la negacion del progreso general y conduce casi á la inmovilidad. Procuremos seguir al historiador poeta á través de los mil rodeos de su nebuloso pensamiento (1).

Es imposible negar el progreso intelectual, que ya habia llamado la atencion de los antiguos. Desde aquella época el hombre ha aprendido muchas cosas, y cada siglo, cada dia, lega al que le sigue algun nuevo conocimiento. Vamos avanzando, como un rio que corre, y que sucesivamente aumenta su caudal; pero á la manera de los rios, nunca volvemos hácia nuestro punto de partida. El progreso social es igualmente evidente. La política de los Griegos y de los Romanos no es ya la de los salvajes; añádase que los pueblos modernos tienen, respecto del Estado, de la libertad, ideas mucho más exactas que los célebres legisladores de Grecia y de Roma. Hay también progreso en las relaciones internacionales. Herder no predica como Priestley una era de paz perpétua; pero con la historia en la mano hace constar que los elementos pacíficos van en aumento, al paso que disminuyen los elementos destructores. El progreso moral, respecto del cual Gibbon habia escrito un *quizás*, deja también dudas á Herder. Pregunta si los Romanos eran más prudentes y más felices que los Griegos, y si lo somos nosotros más que los antiguos. ¿No es el hombre siempre el mismo? ¿No será juguete y víctima de sus pasiones tanto en el siglo diez mil como en el siglo primero? La perfectibilidad indefinida del espíritu humano, ¿no es una ilusion, saludable si se quiere,

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit* (lib. xv). — ID., *Postscripten zur Geschichte der Menschheit*, v.

pero de todos modos ilusion? Herder acaba por vencer estas dudas. Hace una observacion muy exacta, y es que las quejas del hombre acerca de las miserias de su condicion provienen de su ignorancia. Durante siglos los sabios creian que el sol estaba inmóvil; desde que el telescopio les ha permitido sondear la inmensidad de los cielos, ven que todo está en movimiento. Cuando la historia, con más copia de observaciones, nos dé á conocer con exactitud el destino de los hombres en las diversas edades de la humanidad, nos convenceremos de que el género humano avanza sin interrupcion obedeciendo á leyes tan ciertas como las que rigen el mundo físico. El progreso, una vez admitido, debe ser una ley general; hay progreso en todas las manifestaciones de la actividad humana, lo mismo en el desenvolvimiento de las facultades morales, que en la esfera intelectual y social.

Tenemos, pues, á Herder partidario decidido del progreso; pero falta ver cómo lo entiende. ¿Se perfecciona el individuo, ó se perfecciona la humanidad? Herder responde que no concibe la educacion de la especie humana como tal; esto es una abstraccion que no tiene á sus ojos más sentido ni valor que las entidades de la escolástica. ¿Qué es esto? ¿Herder, el historiador filósofo, niega la unidad del género humano? No; reconoce que el individuo depende del todo á que está unido por el tiempo y lugar en que nace. ¿En qué sentido duda, pues, de la perfectibilidad de la especie? Herder, como todos los pensadores protestantes, se fija principalmente en el elemento individual de la creacion; el individuo es para sí mismo su objeto, no tiene otro. Este objeto es el desenvolvimiento de las facultades cuyo gérmen ha depositado Dios en él. En esto no hay unidad, ni uniformidad, sino variedad infinita; esto es cierto, tanto de la naturaleza intelectual y moral, como de la naturaleza física; por mejor decir, hay una armonía divina entre el mundo espiritual y el mundo material. Dios, que dirige nuestra educacion, nos pone naturalmente en las condiciones de existencia que mejor responden á nuestras aptitudes. Herder deduce de aquí que cada individuo tiene su mision particular, y que la llena perfectamente, cuando es lo que debe y puede ser segun sus facultades y el medio en que Dios lo ha colocado. No hay, pues, un ideal único, asignado á la humanidad, y al cual

debe aspirar todo individuo, y por consiguiente no hay ley general á la que deba obedecer cada uno de nosotros. Todo es particular é individual.

Como se ve, esto es el individualismo germánico sostenido por el genio individualista de la Reforma. Nada más legítimo que esta preocupacion del individuo; es cierto que ante todo se trata de personas humanas, personas distintas, cada una de las cuales tiene su razon de ser y su porvenir. Pero, sin desconocer los derechos de la individualidad, ¿no se puede, no se debe tener tambien en cuenta el elemento de unidad, grabado tambien en la creacion entera? Si el todo influye en el individuo, ¿no influye á su vez el individuo en el todo? Esta accion y esta reaccion, ¿no implican que hay un destino comun al cual están íntimamente ligados los destinos particulares? ¿No hay, por consiguiente, un ideal, hácia el cual se dirigen por diferentes caminos los diversos individuos? Herder lo niega. Pero ¿por qué lo niega? Teme que de este modo se sacrifiquen los derechos de la individualidad. El hombre no tendria ya su ideal en sí, sino fuera de sí; se convertiria en cierto modo en una rueda de una máquina; obraria, viviria, no para sí, sino para ese gran todo que lo absorberia. ¡Singular progreso, dice Herder, que acabaria por destruir la individualidad humana!

La inspiracion de Herder es buena, cuando defiende el derecho del individuo; tiene muchísima razon en rebelarse contra las doctrinas que destruyen la verdadera vida, matando la individualidad humana. Pero ¿qué dificultad hay en conciliar la existencia propia del individuo con la existencia de la humanidad de que forma parte? ¿Se convierte al hombre en autómeta por decir que tiene ante sí un ideal que le es comun con todos sus hermanos? ¿Se le sacrifica á una vana abstraccion al llamarle á concurrir á un fin general? ¿No participa del progreso que ayuda á realizar, por lo mismo que ejercita su inteligencia en la investigacion de la verdad, y que se sacrifica por la felicidad de los que le han de suceder en esta tierra, los cuales recogerán el fruto que él haya sembrado?

Hay ademas otro error en la doctrina de Herder, que es el vicio capital de su sistema. El fatalismo de la naturaleza le domina,